

Citation: Joseph Álvarez y Valladares [José Clavijo y Faxardo] (Ed.): "Pensamiento XVII", in: *El Pensador*, Vol.2\017 (1762-1763), pp. 95-124, edited in: Ertler, Klaus-Dieter / Hobisch, Elisabeth (Ed.): The "Spectators" in the international context. Digital Edition, Graz 2011-2019, hdl.handle.net/11471/513.20.587

Pensamiento XVII

Quejense algunos de los que leen mis Pensamientos, de que la mayor parte de los que he publicado hasta aqui, se dirigen mas à las Señoras, que à los Hombres; y no ha faltado quien ha mirado esta preferencia como un encono poco cortès, y algo indecente. No me empeñarè en rechazar este baldòn, bien que injusto. Baste decir, que si fuera menos apasionado de las prendas naturales, que adornan à las Damas, no repararia tanto en los defectos, con que suele afearlos en algunas la mala crianza, que las dieron sus padres, ò los errados consejos de la lisonja. Si no bastàre esta satisfaccion, procurarè dâr otras en lo successivo, y por ahora suplirà la de este Pensamiento, en que, dexando los Estrados, y andando de Tertulia en Tertulia, nadie harà papel sino los hombres.

Antes que llegasse à experimentar este humor pensativo, que se ha apoderado de mì, tuve algun tiempo en mucha estimacion estas Juntas, ò Academias *Vespertinas*, que llaman *Tertulias*, y desee con ansia concurrir à ellas, por lo mucho que me las havian alabado. Las consideraba como una escuela, de que podia sacar mucho provecho; porque, segun havia oïdo decir, se formaban de hombres de letras de todas classes, Theologos, Juristas, Filosofos, Poetas, Criticos, &c. que, por medio de una amistosa conversacion, se comunicaban mutuamente todas las noches las varias especies, que havian adquirido con el estudio del dia. Valìme para introducirme en ellas de un amigo mio, que las conocia todas, y que las havia observado con cuidado, para dâr assunto á su genio, algo bufòn, y propenso à la mordacidad, que disimulaba, con un semblante naturalmente sério. Hizo quanto pudo para quitarme la vocacion de Tertuliente; pero, á pesar de todas las ridiculeces, que me refiriò, no pudo persuadirme, y le fuè forzoso darme gusto. No tardè en arrepentirme de mi obstinacion: bien presto conocì, que si estas Assambleas havian sido de provecho en algun tiempo, yo havia tenido la desgracia de conocerlas demasiado tarde, y que solo podia andar tras de ellas algun ocioso, que pensasse en recoger materiales para pintar al natural el abuso de las letras, ò escribir el elogio fúnebre de la urbanidad.

La primera Tertulia, à que me llevò mi amigo, se juntaba en casa de un hombre, à quien, por haver tenido en su mocedad varias Conclusiones públicas, y defendido en ellas, que no se dà *universal à parte rei*; y que *la materia no puede existir sin forma*, dando sus distinciones de *materialitèr*, y *formalitèr*, *simplicitèr*, y *secundùm quid*, se le havia pegado una vanidad extremada, un deseo frenetico de ser tenido por erudito, y el furor de juntar una Libreria sumamente costosa, è igualmente mal escogida. Llegamos à su casa à las Oraciones, y entramos à la Sala de Minerva, que este nombre daba à la de su Tertulia. Mi conductor me presentò al dueño de la casa, Presidente al mismo tiempo de la Junta, y acercòse á èl para decirle al oïdo, que yo era un Sabio consumado, recién llegado de Roma, donde havia passado diez años estudiando la lengua de los Moros. Luego entramos en conversacion el Presidente, y yo. Hizome mil preguntas de Roma: todo lo quiso saber; y llegò su curiosidad hasta el extremo de indagar si en aquella Capital se comian frescos los Besugos; pero de literatura no me hablò ni una palabra. Confieso que sus preguntas me huvieran puesto en grande aprieto, pues solo por el Mapa sabía yo entonces dónde estaba Roma, á no haver llegado à la sazón tres hombres embayetados, que con sus gritos yà se havian anunciado desde la calle. Entraron en la Sala tan sofocados, que les fuè preciso descansar bastante rato, para tomar aliento, y saludarnos: tal era el ardor, con que havian controvertido un punto de la mayor importancia, segun ellos decian; y estaban tan colericos, que fuè forzoso les hiciesse tres, ò quatro exhortos el Presidente, para que dixessen quál havia sido el objeto de la disputa. Pusose por fin uno de ellos en ademàn de responder; pero los otros dos, que no parecian dispuestos à cederle en cosa alguna, se le unieron, y todos tres à un mismo tiempo dixeron, que se trataba de determinar el año en que se havian hecho *las coplas de Calainos*, y el tiempo, y parage en que se estableciò *el Telar de Ambrosio*: cosas ambas muy importantes para la Historia de las Artes. Bolviòse à mì el Presidente, ponderandome la gravedad del assunto. Empezòse à votar, y dividieronse en bandos Guelfos,

y Gibelinos. Unos decian, que Calainos havia vivido en el tiempo de la guerra de Troya: que Homero havia cantado sus acciones; y que efectivamente toda la Iliada, segun varias personas, que dicen entienden el Griego, no es otra cosa que unas *coplas de Calainos*. Despreciòse este dictamen. Calainos, decian los contrarios, fuè natural de Calatayud, y sus coplas, con la Epoca memorable de su construccion, deben buscarse en la continuacion de la Historia de Mexico por Salazar. En quanto al *Telar de Ambrosio*, huvo la misma variedad. Estos querian encontrar su establecimiento en la Historia de los Assyrios, y Babylonios; y aquellos en las Guerras Civiles de Granada con los Fastos del Albayzin. Nada calmaba los espíritus enfurecidos con el calor de la controversia. Bolviòse à gritar con mas estruendo; y nos escapamos mi amigo, y yo, sin tener gana de vèr el fin de esta Comedia.

La segunda Tertulia adonde fuimos, se juntaba en casa de un Literato, que verdaderamente tenia traza de haver leido mucho, y en quien una penetracion singular se hallaba unida con una memoria portentosa. Sobre qualquier assunto que le preguntassen, respondia al instante con bastante oportunidad; pero vertia luego un torrente de erudicion tan descomunal, que si llegaba por fin à dexar de hablar, lo que sucedia muy rara vez, se quedaba en ayunas el curioso, confundido con la disparatada muchedumbre de noticias. A este flujo de boca juntaba aquel memoriòn dos circunstancias, que inutilizaban muchissimo su aplicacion: mucha escasez de juicio, y grandissima, y ciega veneracion à Aristoteles, con cuya autoridad queria imponer silencio á sus Tertuliantes. Nunca hablaba sin citarle, fuesse, ò no del caso, como sucediò aquella misma noche, que con un monton de textos de aquel Filosofo Griego quiso probar su parecer sobre la question de si el Chocolate quebranta el ayuno.

Entre otras Tertulias, à que me llevò mi Conductor, no olvidaré jamás la de un Caballero, que juntaba en su casa todas las noches los mas famosos Politicos de la Corte. Verdaderamente era la Tertulia mas burlesca, que puede imaginarse. Componiase de un Militar, un Letrado, un Oficialito de Rentas, y varias personas, de las que llamamos de Capa, y Espada. La primera, y unica vez, que concurri à esta Tertulia, me recibieron con un millon de cumplimientos, de que no creì desembarazarme en toda la noche. Calmòse un poco el torbellino de ceremonias: ocupò su silla el Reverendo Rector de la Tertulia; y empezò à tomar residencia à sus Tertuliantes de las novedades que havian adquirido en la Villa. Al instante sacò una cantidad de papeles el Oficialito de Rentas. Repassólos todos, y al fin separò uno, que dixo ser la papeleta de noticias, que havia venido á la Oficina. Leyóla medio mascando, porque èl mismo apenas entendia su letra; y à cada palabra havia una disputa con el Oficial, que se oponia à todo, citando las Obras de Mons. de *Vauban, la Escuela de Marte, y el Arte de la Guerra del Rey de Prusia*. Los demàs contribuyeron tambien con sus noticias, unos por escrito, y otros de palabra; y era cosa de entremès vèr la tenacidad, con que cada uno defendia las suyas, ni mas, ni menos que al oirlas, ò copiarlas huviesse hecho voto solemne de defender, y sostener su verdad. Durò bastante tiempo la pesadissima controversia, y vino à parar la conversacion en lamentarse de la decadencia de España, y proponer cada uno de aquellos Catones los medios de remediarlo todo, y de bolver à poner la España en aquel estado de prepotencia, que tuvo en otros tiempos, haciendo una *Monarquía universal*, y demostrando que no es tan difcil, ni tan quimerica esta empresa como la creen algunos. ¿Cómo difcil? (decia el Oficial) Que mantenga siempre España un Exército de doscientos à trecientos mil hombres, y verán si es quimera el hacernos dueños, no digo yo de un rincon del mundo, como es la Europa, sino de todo el Imperio del Mogol. Y no hay que replicarme que la España està despoblada, porque essa no es razon. ¿Tenemos nosotros por ventura arboles de canela? No por cierto; pero se trahe de fuera. Pues venga tambien de fuera la gente; y si no, que me dèn la comision de recluta, y verán si con menos de un par de millones de pesos, traygo aqui todos los Cantones Suizos en cuerpo, y alma. No aprobaba este proyecto el Oficial de Rentas; y en su lugar proponia otros disparates mayores. Decia que era preciso aumentar los impuestos, con lo qual los Españoles, que naturalmente son perezosos, se aplicarian al trabajo. Todo lo oía el Jurista (que hasta alli havia callado) con una risa burlona; pero yà le faltò la paciencia: Tomò su vez, y dixoles con textos claros, y corrientes del Derecho Romano, que era un puro desatino quanto hablaban; y que no tenian que cansarse, porque España no bolveria à su antiguo lustre, hasta que se pusiesse en práctica la *Ley Agraria*, y la *Ley Fusia Caninia*. En fin, hizose locutorio de Monjas la Tertulia. Todos hablaban, y de principios ridiculos sacaban consecuencias descabelladas. Dexamoslos continuando en sus necedades, y nos despedimos à la Francesa.

Pero callen todos, Cimbrios, y Lombardos: quiero decir, callen todas las Tertulias presentes, y preteritas, futuras, y posibles, donde està la de un Caballero de esta Corte, à la qual me convidò mi Conductor, suponiendome aficionado à la Poesìa, y à la Musica. Yo, que sin embargo de no acusarme mi conciencia de haver hecho jamás un buen verso, ni sabido solfear un compàs, tengo grande aficion à la Musica, y à la Poesìa, admiti al punto

la oferta, esperando tener un rato muy divertido. Llegamos à la casa, y yà encontramos junto, y ocupado al Parlamento, sentado al rededor de una mesa, que podia servir sola para un Refectorio, y todos armados de sendas plumas, papel, y tintero. Nadie daba alli señas de vida. Unos tenian apoyada la cabeza con la mano puesta en la frente: otros la tenian en las mexillas. Comianse éstos las uñas, y aquellos con una mano en la cintura, y la pluma en la boca, parecia està en consulta con un velòn de seis mecheros, que les alumbraba. En esta calma, y profundo silencio estuvimos mucho tiempo, hasta que el Prefecto (por privilegio singular, como despues supe) me permitiò fuesse hablando en particular à cada uno de los Tertuliantes; y ordenò à éstos me fuessen enseñando sus producciones, à fin que pudiesse ir formando alguna idèa del gusto fino, y delicado, que reynaba en la Tertulia. El primero, á quien lleguè à hablar, me pidiò esperasse un poco, porque estaba acabando una Cancion muy dificil, y solo le faltaba para concluirla un concepto, que, segun creia, no tardaria en ocurrirle. Assi fuè: à poco rato se dio una palmada en la frente, escribiò con mucha prisa dos versos; y bolviendose à mi, me dixo: El assumpto, que se me ha dado, es una pintura del Mar despues de pasada la fuerza de la tempestad. Oyga V.md. Esto està en estilo sublímè, y assi lo que V.md. no entienda, preguntelo, y se lo explicarè.

Ufano el Mar, que estuvo tan ayrado
De vèr al Noto fiero
Del margen apartado,
Y yà indulgente al Aquilòn severo;
Por uno, y otro lado
Sus olas niveliza con esmero.
Estira bien las sabanas del lecho,
Y lo edifica, viendolo deshecho.

Y note Vm. la propiedad de la comparacion, porque nada se parece tanto al mar todavia fluctuante, y medio enojado, como una cama descompuesta. Quedè casi helado de oir tan tremendos desatinos. Sin embargo, como mi ánimo no era tener quimera, me vi en la precision de alabarle el pensamiento, y yà me tardaba el passar à otro Tertuliente menos frenetico. Lleguè al segundo, y hallèlo trabajando una Obra, que intitulaba: *Horatius restauratus*. Ponderòme mucho la utilidad de este trabajo, y la inmensa erudicion que se necesitaba para corregir los defectos, que se havian introducido en las Obras de este grande hombre, por incuria, ò ignorancia de los que havian cuidado de las ediciones. Mostròme varios passages, que llevaba yà corregidos, y pondrè solo el siguiente, que me quedò mas impresso en la memoria.

Omnibus hoc *vitium* est cantoribus inter amicos
Ut nunquam *inducant* animum cantare *rogati*.

Corrijase assi:

Omnibus hoc *unum* est cantoribus, inter amicos
Ut nunquam *perducant* animum cantare *coacti*.

Vitium. Conocese que este no es, ni puede llamarse *vicio*, pues no hay razon para que canten los Musicos, si no tienen gana. *Unum* es mucho mas adaptable, y significa la comun propiedad de los Cantores en esta parte. *Inducant*: Error de Imprenta. En un Código Griego del siglo I. se lee *perducant*. *Rogati*: Voz barbara, venida del Peloponeso. *Meglio fra noi, coacti*, que trahe su etymologia del *Coax* de las Ranas, (con quienes tienen relacion muy intima los Cantores) segun consta de aquellos versos.

Liquo *Coax* Ranis,
Cras Corvis, vanaque vanis.

Despedíme del señor Restaurador muy contento de su selecta, y recondita erudicion, y me encaminè à otro Tertuliente, à quien encontrè empezando à hacer anotaciones sobre el *Polifemo* de Gongora: Leyòmelo todo; y repetia luego con entusiasmo la primera octava:

Donde *espumoso el mar* Siciliano
El pie *argenta de plata* al Lilibeo,
Boveda de las fraguas de Vulcano,
O tumba de los buessos de Tipheo, &c. &c.

Todo lo admiraba, el numero, la elegancia, la sublimidad, y la harmonia. El epitheto *espumoso* era el hallazgo mas dichoso, que huviessen tenido los mortales. ¿Vé Vm. me decia, este *argentar de plata*, que es la cosa mas linda del mundo? pues no faltaràn necios, que lo tengan por *morlès de morlès*; pero no importa. Sobre esta sola expression pienso escribir un *in folio*, para hacer conocer su propiedad. La *Boveda de las fraguas*, y la *tumba de los buessos* excitaban igualmente su admiracion. Finalmente, èl estaba encantado del estilo hueco, y campanudo; y estimando à Gongora en lo que tiene de menos estimable, manifestaba su mal gusto: y yo para no oír mas delirios, me salí de la Tertulia.

Yà me iba cansando de correr, y conocer Tertulias tan disparatadas, è inutiles, quando mi Conductor, que lo advirtiò, me dixo un dia: Véo que V.m. halla poca substancia en las Juntas de Literatos de esta Corte. No es estraño; pero era preciso haver visto todas las malas, ò algunas de ellas, antes de concurrir à las pocas utiles, que conozco, y adonde hago animo de llevar à Vm. mañana. Hoy es fuerza ir à la del Licenciado Passaporte, famoso por su rara aplicacion à las Ethymologías; esto es, à averiguar el origen de las voces. En esta Tertulia encontrará Vm. todos los Griegos, Arabes, y Hebrèos, que hay en Madrid, y cuyas lenguas ha estudiado el Licenciado: bien que sin lograr saber alguna, à excepcion de la de los antiguos Egypcios, en cuyo estudio ha resuelto passar toda su vida. La aplicacion del Licenciado Passaporte (dixè à mi amigo) me parece mas apreciable de lo que las gentes imaginan. El trabajo de los Ethymologistas es muy util para conocer el origen de los Pueblos, el de las lenguas que hablan, y el verdadero significado de las voces, de cuyo conocimiento depende el hablar con propiedad, y energia. Tiene Vm. razon (me replicò); pero el modo con que se portan los Ethymologistas hace muy vano su trabajo; pues usan de combinaciones tan estrañas, y disparatadas, que vienen à hacerse los hombres mas ridiculos, que conozco. Quiero que Vm. lo vea por sí mismo, y vamos allà. Encontramos al Licenciado solo, y ocupado en trastornar las letras, y sylabas de una voz Castellana, cuyo origen se havia empeñado en sacar de la lengua Egypciaca, por no haver podido encontrarle madre en alguno de los otros Idiomas, que pretendia conocer. Tan embebido estaba en su tarèa, que no reparò en nosotros hasta buen rato despues, que lleno de gozo, y sin responder à la salutacion, que le hicimos, exclamò diciendo: ¿Vèn Vms. quàn util es la combinacion? No puede darse ethymologia mas adecuada. Que vengan todos esos Literatos almidonados, que no cessan de hablar de *Buen gusto*, y de *Bellas letras*, sin entender uno, ni otro, á vèr si lograràn hacer un descubrimiento semejante. Vivan las combinaciones, que es el arte de los Artes, sin el qual, ni hay ciencia, ni erudicion, ni calabazas; y no cambiaria yo este descubrimiento por el del Nuevo Mundo, ni por el famoso de las Batuecas. Assi serà, le respondimos con dissimulo, para vèr hasta dónde llegaria su frenesí. Vèan Vms. prosiguiò muy hueco; yo estaba buscando la ethymologia de la voz *Jaqueca*, por encargo particular de una Dama, y à un poco mas, ò menos, creo haverla encontrado. No es creible la lastima que me dán aquellos, que edificaron las Pyramides, que aun hoy dia se vén cerca del Cayro. Los pobres debian de padecer mucho de esta enfermedad; pues se vén esculpidas en ellas cantidad de voces parecidas à la nuestra; pero de ninguna se puede sacar con mas naturalidad que de la voz *Kekajoc*, que se halla en una Incripcion en la principal de estas Pyramides, que con mas razon merece la definicion de Plinio: *Regum pecuniæ otiosa, ac stulta ostentatio*. Es verdad que no tengo aun bien explorado el significado de esta palabra; pero mudando algunas sylabas, anteponiendo el *joc*, convertido éste en *ja*, como es regular haya sucedido por el transcurso del tiempo, y posponiendo el *keka*, se vé la voz *jaqueca* pintiparada, y en Castellano claro, y corriente.

Dexóme pasmado la locura del buen Licenciado, que sin embargo de su necedad, atolondró à todos los de su Tertulia, que estaban pendientes de sus palabras, y las recibian como de un Oraculo.

Yà ha hecho Vm. sus pruebas, me dixo mi Conductor al salir de la Tertulia, de este frenetico: es tiempo de que lo introduzca en la casa de N. donde verà una Tertulia sin pesadèz: tertuliantes, sin pedantería; y eruditos sin afectacion, en quienes la cortesìa dá un nuevo realce à la advertencia. N. es un Caballero, que no se precia de saber, aunque sabe; no admite gentes en su casa para que admiren su erudicion, sino para dár lugar à cada uno de hacer lucir à tiempo la suya. Hermosea el conocimiento, mas que mediano, que tiene de varias Ciencias, con un juicio muy sólido, y un gusto igualmente fino, que seguro, con lo que ha formado una Librería muy selecta de Libros de instruccion, y de deleyte. La moderacion de su animo lo ha librado del furor de los partidos: nadie domina en su Tertulia: quien decide en ella sobre los asuntos, es solo el dictamen de la razon.

Esta pintura tan aventajada de la Tertulia de Don N. me dexò sin sossiego, hasta que tuve la fortuna de conocerla. La primera vez que fuè presentado, me recibì con un noble despejo, y una natural afabilidad, en la que bien se echaba de ver, que en èl la aplicacion havia siempre corrido parejas con el trato de la buena compaña. Hizome varias preguntas muy discretas, con las que procurò darme lugar à tocar algunos puntos de la ciencia à que le havian dicho que yo me havia dedicado. Supe despues que assi solìa practicarlo con todos los recien introducidos en su Tertulia; porque no era de aquellos, que creen hábil à un hombre solo porque lo oyen decir. Hallò adequadas mis respuestas, y me convidò à concurrir à su casa quando quisiese, lo que practiqué conforme deseaba.

Los Tertuliantes no eran muchos; pero tan escogidos, que aunque pocos, abrazaban juntos todos los ramos de las letras. Nos juntabamos siempre à una hora señalada, y empezaba la conversacion por hablar de los Libros recien publicados: Se hacia su critica con grande moderacion: todos los Jueces eran inteligentes, porque todos estaban muy instruidos, y nunca se mezclaba la Historia secreta de los Autores con la censura que haciamos de sus Obras.

Las Comedias, la declamacion de los Comicos, y su modo de accionar, solian dár mucho asunto à nuestras reflexiones. Hablabase algunas veces de las Bellas Artes: otras de Comercio, y Politica: otras de Derecho Público; y otras de la necesidad de las Mathematicas. Por fin, todo asunto util tenia el derecho de ocuparnos; y si alguna vez llegaba à ser demasiado séria nuestra conversacion, procurabamos divertirla, refiriendo passos de alguna Comedia representada el mismo dia.

Ninguna materia se apuraba en esta Tertulia: Se decia de las que ocurría hablar lo que bastaba para imponer en los principios à los que la ignoraban; y sobre todo, nadie tenia la pesada libertad de molernos con citas de Autores, porque à todos los despreciabamos luego que la razon no hablaba en abono de sus dictámenes.

Dos eran las Leyes, que se observaban con mas rigor en aquella Tertulia, y que la buena crianza debiera hacer observar en todas partes: Nunca hablaban dos Tertuliantes à la vez, y à ninguno se le permitía el hacer degenerar en disputa la conversacion.

Esta Tertulia fuè la Escuela donde aprendí en seis meses mas de lo que me havrian enseñado en diez años en la Universidad. Concurri à ella mientras viviò Don N. que por mi desgracia muriò à pocos meses despues de haverlo yo conocido. Su muerte separò para siempre la Tertulia, sin que hasta ahora se haya formado otra, que se le parezca.